

Viajar por el desierto

Te abrochas las botas, ajustas las tiras de tu mochila, colocas la montura del dromedario y das así por comenzada una nueva iteración del bucle. Viajar por el desierto es un trabajo complicado. Al comenzar una expedición todo es precioso: conoces la zona, tienes agua de sobra y fantaseas con todos los tesoros que traerás de vuelta. Confías en que la experiencia que has ganado a lo largo de los años te ayude. Pero enseguida te das cuenta de dónde te has metido y empiezas a recordar las sensaciones de la última vez. Tu saliva se convierte en ceniza, los rayos de sol se te clavan en la cabeza nublando tus pensamientos y aparecen las primeras dudas. Todavía quedan varios días para alcanzar la zona a la que te diriges, si es que continuas en la dirección correcta, y ya estás pensando en darte la vuelta. Pronto te pierdes. No importa el número de expediciones que hayas hecho previamente, es imposible no desorientarse. Un buen viajero es aquel que sabe volver a pesar de haberse perdido¹. Pasa el tiempo. El mismo paisaje, día tras día, ¿por qué te haces esto? Si finalmente consigues volver, lo más posible es que sea con las manos vacías. Racionalmente, sabes que el simple hecho de volver con vida de una expedición tan profunda sería una victoria al alcance de muy pocos, pero eso no hace que te sientas mejor. Además, en la última expedición trajiste de vuelta un par de candelabros de oro, y eso te hunde más aún. Las expectativas son altas. Sin embargo, en lo más profundo de ti sabes que amas este trabajo, es lo que más te gusta y lo que mejor sabes hacer. A pesar de todo, sueñas con llegar a lo más profundo del desierto.

1 Definición que explica por qué todos los viajeros del desierto son fantásticos.